

EUROPA COMO TAREA

Pocas cosas se hallan tan en alza en la actualidad como la idea de Europa, la nueva Europa, sin más frontera que la que linda con quienes nada ansían tanto como nuestra desunión. Pero esta Europa que quisiera renacer de sus cenizas es de momento tan sólo eso: una *idea*. Pero no una *mera idea*, pues conviene apresurarse a decir que lo que el hombre concibe en su mente a través de fracasos, sobresaltos y temores, lejos de ser un inoperante concepto, es un programa de acción. La *idea de Europa* es una *tarea*, algo que nos incumbe a todos, no sólo a los políticos, sino a cuantos constituímos ese complejo entramado que llamamos un pueblo.

No por snobismo, pues, ni por una frívola moda se alude hoy día con tanta frecuencia a este tema, sino por la necesidad urgente de abrir al pueblo a la conciencia de su gravedad. Bien sabido que todos los cambios de importancia que marcan los hitos de la Historia son, en principio, tan sólo perceptibles por un puñado de mentes dotadas del sexto sentido de la adivinación. Pero una vez que éstas llaman la atención de las gentes, esa realidad naciente toma cuerpo y se orla con el aura de prestigio y seducción que caracteriza a los *ideales*. La condición primordial del genio político es la *anticipación*, que lo convierte en un creador de ideales, y consiguientemente de modos de vida. Hoy nos entusiasma a todos algo que parecía una utopía en la Europa devastada por el odio y la enajenación nacionalista del año 45. Esta capacidad de vibración que late en la idea de la nueva Europa es índice de su *poder propulsor*, y por tanto de *autenticidad*.

Toda idea eficaz encierra un fondo de verdad, pues el hombre sólo se deja arrastrar por lo que lleva, tácito o expreso, real o fingido, el signo del bien. Pero aquí surgen las máximas dificultades y riesgos. Pues el equilibrio del hombre pende de su búsqueda de la verdad *plena*. Las tragedias que conmovieron al suelo europeo en los últimos tiempos no surgieron sino del desequilibrio provocado por el señuelo de una verdad y un bien *parciales*. La unilateralidad lleva al caos.

Lo urgente es, pues, en la actualidad precisar de una manera cabal el alcance y sentido de la tarea que es la nueva Europa. Y lo primero que se impone decir es que la formación de esta unidad supranacionalista exige a los pueblos que deseen integrarse en la misma una verdadera *metanoia*, es decir, un cambio radical de ver y sentir la existencia, y sobre todo la *coexistencia*, es decir, su propia relación mutua. Las fronteras milenarias, una y otra vez testigos del brotar de nuevas contiendas bélicas, han de abrirse definitivamente a la mutua intelección, respeto y colaboración fraterna, y cerrarse con siete sellos al mal endémico del orgullo y el odio. Pero esto no es obra tan sólo de bienintencionados tratados políticos, sino tarea constante, esforzada y humilde de cada uno de los hombres. Pues, entre otras cosas, ello exige el *cultivo del arte del buen dialogar* y la *sumisión de la voluntad indómita de poder*.

DIALOGAR ES COLABORAR

"No intento convencer de error a mi adversario —decía Lacordaire—, sino unirme con él en una verdad más alta." He aquí el mágico secreto de la eterna

lozanía del auténtico conversar. El diálogo es fecundo porque es esencialmente integrador y progresista, al no enquistar a los dialogantes en sus propias posiciones, sino elevarlos a un nivel más alto, que en casos es una verdad nueva y en casos es la misma en que se estaba, pero en un plano de mayor reflexión y firmeza, ganada a través del contraste.

Hoy día, época de inevitables integraciones, el triunfo, político y científico, está del lado de quienes saben y quieren dialogar. Pues a las grandes cumbres de la vida histórica no se llega por senderos aislados, sino en operaciones conjuntas. Poco a poco, se va afirmando en todos los estratos sociales la convicción de que el trabajo en equipo es condición de éxito. Pero un atávico e irrefrenable individualismo impide llevar a sazón esto que podría ser un espléndido germen de vida. Decididamente, lo que más urge en la actualidad es poner en forma el sentido del diálogo, en toda la amplitud de su significado.

Diálogo indica *dualidad en cooperación*. Y exige, por tanto, respeto a los demás, por reverencia a la parte de verdad que en ellos puede alentar; y bien sabemos que todas las grandes culturas han sabido ver en la verdad el más profundo de los misterios. Toda forma de coacción se cruza en perpendicular con la línea del auténtico diálogo, y lo disuelve, encapsulando a cada uno de los dialogantes en su torre de francotirador solitario. Hay conversaciones que son monólogos a dos partes, pues las palabras brotan a impulsos de una actitud de desarraigo egocéntrico, y no de solidaridad.

Los malos conversadores no saben dialogar sin discutir, ni discutir sin disputar. Defienden sus opiniones como cosa de honor personal, con un calor y un nerviosismo que convierten el diálogo en monólogo, y llevan con frecuencia a interrumpir al contrario para atacar sus puntos de vista antes de haberse hecho cargo de ellos. Por eso no logran entenderse nunca.

De hecho, el diálogo debe ser una colaboración. Lo cual exige renuncia por ambas partes, pues dos fuerzas que quieren lograr una resultante ejerciendo un impulso sobre un móvil desde dos puntos de aplicación distintos se anulan en parte.

La actitud del dialogante debe consistir en situarse frente a una idea como frente a un bulto pesado que se quiere desplazar: en zigzag, corriendo sucesivamente las desviaciones, se logra llevar el bulto a su debido sitio. El diálogo es un ir llevando una idea a su debido sitio entre dos o más colaboradores, que se corrigen mutuamente los errores de perspectiva. Es obvio que si cada dialogante no tolera que los demás realicen esas correcciones, el bulto no se mueve: la conversación entra en un punto muerto, que es donde se halla con frecuencia entre nosotros.

Ni que decir tiene que hay casos en que un interlocutor deberá ceder en absoluto al otro por hallarse en un error completo. Pero esto será fácilmente hacedero si no se va al diálogo a defender posiciones, sino a ponerlas en claro. Dialogar para mantener en alto las propias opiniones es tan nefasto para el cultivo del espíritu como hacer turismo sólo para constatar ideas preconcebidas.

No se debe disputar, sino a lo sumo discutir, que es zarandear una idea, como se hace con el trigo, para quitarle el polvo y aclararla. Hablar a media voz, serenamente, con independencia, con la alegre expectativa de quien está al acecho de renovadas sorpresas intelectuales, es práctica que ennoblece y cultiva el espíritu.

Por eso el buen conversador no sólo acepta, sino agradece, la presencia de un interlocutor inteligente. El dialogante que no le sigue a uno en la conversación no interesa, pues al no reaccionar, resulta aburrido por falta de contraste. Lo ideal es la persona de espíritu alerta que reacciona con personalidad, pero sin rigidez, sin rebotar lo que se le dice por afán de conservar a ultranza su independencia. La autonomía lograda a base de repulsas irrita, aleja, pero la que responde a inteligencia y capacidad despierta admiración y contento: es el atractivo de la personalidad.

Hay quienes van al diálogo con el espíritu impermeabilizado, en una especie de actitud defensiva frente a no se sabe qué agresiones. Posiblemente la agilidad mental del interlocutor los sobresalte. Su primera reacción es siempre negativa, y sólo a fuerza de agolpar razones se logra mitigar su prevención. Ese diálogo resulta premioso y fatiga desde el primer momento. Más noble y atractivo es considerar a los demás como inteligentes y sinceros, hasta que se demuestre lo contrario, pues verse obligados a iniciar una conversación demostrando las propias actitudes resulta un tanto molesto.

Otros hay que no escuchan. Sus pausas no son sino interrupciones de un monólogo, y se queda uno perplejo cuando, al detenerse para oír su opinión, se observa que vuelven sin más a tomar el hilo donde lo había dejado. Estos diálogos son monólogos alternantes. Como dos navíos, los dialogantes marchan juntos sin tocarse.

El diálogo será instructivo si lo desarrollamos con el respeto y la magnanimidad suficientes para saber apreciar los aciertos del interlocutor y asimilarlos. Hay que abrirse a la realidad con noble afán de aprender, que es tarea más creadora de lo que muchos estiman, amparados en el aspecto de pasividad que encierra. Aprender es asimilar. Y esto exige capacidad de recepción, es decir, apertura y amor.

En la gran tarea integradora de la nueva Europa cada pueblo aportará la verdad que la ha convertido, a través de la Historia, en una gran nación, es decir, en madre de pueblos. En su tiempo, también la unidad nacional fué una idea, y a su fuerza propulsora debe Europa haberse convertido en guía y árbitro de continentes. En la actual coyuntura es decisivo no interpretar la unidad como *nivelación* amorfa, sino como integración de lo cualitativamente diverso en un conjunto superior. Que se llegue a esto pende de la capacidad de diálogo que muestre el hombre europeo actual.

LA ETICA DEL PODER

Pero este tema toca en lo vivo una parte muy sensible de la vida europea: su voluntad de poder. El espíritu violento va al diálogo en busca de presa, no por urgencias de comunicación. En la vida de intenso y dramático diálogo que va a constituir la historia europea de los años próximos, sólo habrá alguna probabilidad de mutua inteligencia si es domada la ambición por una sólida *Ética del poder*.

No es extraño, por tanto, que un buen conocedor de los problemas europeos, Romano Guardini, haya abordado el "problema Europa" por la vertiente del poder, entendido en toda su complejidad de *actitud ante la existencia*. Ya hace años había publicado un trabajo acerca del tema (1), y conviene notar que esta obra no quería ser, en el fondo, un estudio exhaustivo del fenómeno del poder en cuanto tal, sino una visión en anticipo de la nueva época que se está gestando. Haber puesto por título la desnuda expresión: *Die Macht*, indica inequívocamente, por parte del autor, un deseo expreso de subrayar la trascendencia del tema.

Esta obra breve, densa y penetrante, está inspirada por las preguntas siguientes: ¿Dónde se halla el límite más allá del cual el poder oprime al hombre que lo ejerce? ¿Puede crecer el poder, no importa a qué ritmo y en qué medida, y seguir el hombre siendo hombre en el pleno sentido de la palabra?

Es éste un tema que ha hecho vibrar en más de una ocasión el espíritu de Guardini, siempre alerta y atento a los fenómenos cruciales de la vida europea. En su obligado retiro de Mooshausen (Allgäu), alejado de la cátedra de Berlín por los usufructuarios del Poder público, Guardini dedicó a este problema, durante el bache de los "doce años", una apasionada atención. Pero su gran mérito radica en no haber considerado la exaltación nacionalsocialista como un exabrupto pasajero y violento, sino como una manifestación lógicamente comprensible de todo un proceso cultural de hondas raíces.

(1) *Die Macht*. Werkbund Verlag, Würzburg, 1951. La versión española será publicada en breve por Edic. Guadarrama, Madrid.

No sin profunda razón, sus estudios sobre el poder van precedidos por una obra de alta crítica histórica: *El ocaso de la Edad Moderna* (2), visión retrospectiva y prospectiva a la par, tensa hacia un futuro que debe crear el hombre actual con el esfuerzo que exigen los grandes cambios de la Historia.

Nada extraña que ahora, en la madurez de una vida consagrada al engrandecimiento de Europa, Guardini ascienda a la cátedra del Premio Erasmo, concedido al mejor humanista europeo, a dar una lección de sano equilibrio: "Yo creo que la tarea menos sensacional, pero más radical y eficaz que está encomendada a Europa es la de ejercer la debida crítica sobre el poder. No una crítica negativa, angustiada o reaccionaria, sino inspirada por la preocupación acerca del hombre, cuyo poder no sólo es garantía de triunfos seguros, sino un destino del que pende la suerte futura de la Humanidad."

"Europa es vieja. Antes parecía que el carácter de la ancianidad estaba impreso de modo especial en la imagen de Asia, de la cual se solía decir que carecía de tiempo. Hoy parece ésta negar su edad y volver a una nueva juventud, espléndida ciertamente, pero peligrosa. Europa creó la Edad Moderna, pero sin perder el contacto con el pasado. Por eso en su rostro, junto a los rasgos del poder creador, están impresos los de una experiencia milenaria. La tarea que le está reservada no radica, a mi entender, en incrementar el poder que procede de la ciencia y de la técnica—aunque esto también lo haga, naturalmente—, sino en domarlo. Europa ha hecho surgir la idea de la libertad—la libertad del hombre y de su obra—; a ella compete, ante todo, por amor a la amenazada condición humana del hombre, abrirse paso hacia la libertad, incluso frente a sus propias obras."

"Los griegos fracasaron en lo tocante a la más alta tarea que les incumbía; es, a saber: la creación de un Estado que diese cauce a la plenitud vital de los grupos raciales helénicos. Dejaron pasar su hora histórica y vinieron a ser los extraños, los romanos, quienes crearon una forma de unidad, una unidad en la sumisión. También Europa puede perder su hora. Lo cual vendría a significar que la unificación no se realizaría dando un paso adelante hacia una vida más libre, sino cayendo en la esclavitud colectiva" (3).

He aquí el contexto en el que cobran los estudios de Guardini acerca del poder su actualidad y su dramatismo. En una época dominada por un complejo de rebelión, mezcla híbrida de voluntad ilimitada de poder y psicosis de miedo, esta obra no quiere ser sino una invitación enérgica a la acción y a la esperanza.

(2) Hay versión castellana en Edic. Guadarrama Madrid, 1963^o.

(3) Cf. *Europa. Wirklichkeit und Aufgabe*. Eggebrecht-Press, Mainz, 1962.